

cuerpo, mas no pudo debilitar la fuerza y el poder de su brazo para obrar maravillas. ¿Quién le ha invocado sin experimentar su beneficencia? Su cadáver fresco, y exhalando un suave olor, ¿no es un continuo milagro?

He aquí por qué se ha hecho célebre el nombre del Negro de Palermo en todo el mundo, por qué se ve todos los días que los grandes del mundo se postran ante las aras de este hombre despreciable en la apariencia. La Italia, España, Lisboa, el Brasil, Méjico, el Perú, le celebran, y le invocan como á hombre milagroso. La Iglesia, el oráculo de la verdad, fomenta la devocion, y le distingue como á hombre de milagro: *Eum in Ecclesia tua signis clarere fecisti.* ¿Y lo creeríamos que esta nube oscura llegase á cubrir toda la tierra: que este lego idiota seria un astro tan resplandeciente, si no conociésemos el genio de Dios, que se complace en humillar la altanería de los mundanos por los medios mas desproporcionados y débiles? Así es, y lo habeis visto en san Benito, hombre bajo por naturaleza, pero elevado á las comunicaciones mas íntimas con Dios: idiota, pero iluminado con una ciencia divina: débil, pero con la omnipotencia en sus manos. ¿Y por qué ha obrado Dios así? Porque el gran Benito fué humilde por naturaleza y por virtud. Yo os le presento como el Salvador mostró á sus discípulos un niño para instruirlos en la humildad: *Statuit eum in medio eorum* (1); y os digo como el mismo Salvador: *Nisi efficiamini, sicut parvulus iste* (2), si no os haceis semejantes á Benito, no entrareis en el reino de Dios. Semejantes á Benito, no en sus milagros, no en sus luces, no en sus comunicaciones, sino en su humildad: humillad vuestro orgullo, abatid el orgullo de esa soberbia poderosa, de que sois tan zelosos; y Dios os comunicará su presencia, su sabiduría, sus luces, su poder, y os dará por último la eterna bienaventuranza. Amen.

(1) *Math c. 18. v. 2.* (2) *Ibid. v. 3.*

SERMON

DE SAN BENITO DE PALERMO.

(DE GARCÍA.)

In vita sua fecit monstrea, et in morte mirabilia operatus est.

Mientras vivió hizo prodigios, y despues de su muerte obró muchas maravillas.

Ecles. c. 48. v. 15.

Este es el magnífico elogio con que el Espíritu santificador honra la augusta memoria del incomparable Eliseo, digno sucesor del grande Elías, cuyas heladas cenizas animaron entre las lóbregas cavernas del sepulcro los mas yertos cadáveres, y cuya extraordinaria santidad llenó de asombro los contornos de Judá; la dulce memoria del mas esclarecido israelita, que dotado del doble espíritu de contemplacion y de zelo, fué el Taumaturgo entre los profetas de su siglo; omnipotente entre las manos del Todo-poderoso, obró prodigios ignorados de las edades que le precedieron; como dueño absoluto muda todas las leyes del universo, la naturaleza atónita oye su voz, los elementos pierden su impetuosa actividad al sonido de sus palabras, la tierra sujeta le obedece, el fuego embota su voracidad; en su presencia los vientos se enfrenan y enmudecen, el mar calma sus hinchadas olas, la muerte abandona sus trofeos; de su boca sale un soplo vivificador que penetra hasta las entrañas del abismo, y restituye á la vida los cuerpos soterrados entre las tinieblas del olvido: los reyes admirados le respetan, la púrpura y la majestad se rinden á su imperio, la Palestina confiesa la fuerza de su poder, y los pueblos afligidos acuden á sus piés: *In vita sua fecit monstrea, et in morte mirabilia operatus est.*

Por estos rasgos con que el Eclesiástico pinta al mas famoso profeta que admiró el pueblo escogido, ya podeis venir en co-

nocimiento del prodigioso de Palermo, objeto digno de vuestro culto, el Taumaturgo de estos últimos tiempos, ornamento glorioso de Sicilia, astro luminoso del cielo franciscano, el Benjamin amado del nuevo Jacob, la copia mas original de su llagado patriarca, gloria de la nacion africana, luz prodigiosa del setentrion y mediodía, varon singular, alma grande de aquellas, que en los tiempos decretados por la eterna Sabiduría, extrae el Altísimo del tesoro de sus misericordias, para hacer alarde á los ojos del mundo de su poder comunicado á un hombre mortal, animándole con los esfuerzos de su mano poderosa, para que tanto en el sepulcro como en la cuna, manifieste la majestad y omnipotencia del Ser supremo con señales y prodigios: *In vita sua fecit monstrua, et in morte mirabilia operatus est.*

Consideremos á un mismo tiempo la asombrosa multitud de maravillas que obró en vida y muerte el bienaventurado de Palermo, y la prodigiosa santidad con que ilustró la Iglesia de Dios. Si la vida del glorioso Benito fué un agregado, y un cúmulo de hechos extraordinarios, no lo fué ménos de acciones heróicas que daban mayor esplendor á sus maravillas: si sus milagros asombraron desde Filadelfia las regiones del Aquilon y del Austro, por su multitud, por su variedad y por su singularidad, tambien llenó de admiracion la sublimidad de sus virtudes las soledades mas yermas, y todos los lugares donde residió: si él obró los prodigios que engrandecieron á los mayores héroes de ambos Testamentos, poseyó igualmente la santidad en que florecieron los hombres mas grandes que ha tenido la Religion en todas las edades; por esta razon no puedo daros idea mas cabal de su carácter, que representándole como un prodigio de la gracia, tanto por el heroísmo de sus virtudes, como por la magnificencia de sus milagros. Yo me explicaré con claridad, y vosotros entenderéis mi pensamiento. Voy á proponeros dos proposiciones que servirán de base y fundamento á mi panegírico, y darán toda la materia para componer su completo elogio. Escuchadme. La prodigiosa santidad de Benito ilustró y dió nuevo realce y autoridad á la multitud de sus milagros: esta será la primera parte. Las maravillas y portentos que obró Benito en vida y muerte, contribuyeron al mayor aumento y perfeccion de su santidad, segundo punto: *In vita sua fecit monstrua, et in morte mirabilia operatus est.*

Ahí teneis, ilustre auditorio, dos puntos que á manera de palmas van á entretejer una guirnalda para ceñir las sienas de mi héroe, y de vuestro glorioso patron: vosotros juntad y esforzad vuestros ruegos al divino Espíritu, para que me alcance las luces que necesito para proponer sus prodigiosos ejemplos de tal suerte, que edifiquen á vuestra piedad, y alienten la fe de mis oyentes. Para conseguir esta gracia pongamos por intercesora á María santísima, saludándola con el ángel. *Ave Maria.*

Aquel Dios de majestad, cuya voz de magnificencia, segun la frase de David, rompe los cedros del Líbano, divide las llamas del fuego, reprime los vórtices del aire, suspende el curso de los astros, pone término á las olas del mar, conmueve las sombrías selvas del desierto, estremece la inmensa mole del globo, conturba las potestades del abismo, humilla, abate, rinde y enmudece, cuando quiere, á toda la naturaleza: aquel Señor Omnipotente, cuya virtud poderosa transforma y engrandece á su arbitrio á la criatura mas débil elevándola sobre las potestades de la tierra, y haciéndola superior á los demas mortales: este gran Dios, único y soberano Autor del universo, escogió por un efecto de su bondad entre la esclarecida estirpe del nuevo Abraham, al bienaventurado de Palermo, le comunicó su espíritu, y le revistió de su fortaleza para que fuese el depositario de su poder, y brillase entre todos los héroes de la ley de gracia, como un varon prodigioso: este es su carácter propio y personal que le distingue de los demas santos que han resplandecido en la Iglesia de Dios, y en el antiguo Testamento.

En efecto, si desde nuestros tiempos retrocedemos á los siglos mas remotos, apénas encontraremos en tan inmenso espacio quien se le parezca á Benito de Palermo: hallaremos justos en quienes substituyó el Omnipotente la virtud de su divino brazo: veremos á un Moises, legislador de los Judíos, que con su portentosa vara apacigua y divide las encrespadas olas del mar Rubio: á un Josué, general de las tropas del Señor, que hace parar al primer planeta en su carrera: á un Elías que pone su boca en las nubes, y el cielo se abre y se cierra al imperio de su voz: al jóven Daniel que amansa la fiereza de los leones: á un Martin, aquel insigne obispo de Tours, que suspende el ímpetu abrasador de las llamas, y este elemento voraz le respeta y se

apaga obediente á su palabra : á un san Gregorio, que manda como soberano á los montes, y á pesar de su ingente mole se trasladan de un lugar á otro.

Pero todos estos héroes de la gracia, aunque obraron como depositarios de la Omnipotencia, la virtud milagrosa que se admiraba en ellos la recibieron con mas economía en ciertos dias, y en ciertos momentos; al paso que esta misma virtud la comunicó el Omnipotente al insigne de Palermo casi sin medida : ella empieza, por decirlo así, desde su misma cuna, y le sigue en todos los pasos de su vida : ella desciende con él al sepulcro, y desde las concavidades de la tumba parece que manda á la naturaleza, pues se muestra dócil y obediente á sus órdenes. ¡Qué espectáculo tan asombroso sería para vosotros, si yo expusiera á vuestra vista en un momento toda la serie de sus portentos y maravillas ! Pero no penseis que yo me propongo hacer una puntual relacion de sus milagros, lo que intento manifestaros es que estos milagros, por estupendos y asombrosos que sean, no deben admiraros ni pasmaros en Benito de Palermo, porque su misma santidad exigia en cierto modo este don maravilloso; y siendo tan singular el heroísmo de sus virtudes, era como consiguiente y natural que hiciese todo lo que hizo. Continúadme vuestra atencion, y procurad entender el verdadero carácter de un santo, cuya sublime virtud llenó de admiracion al siglo XVI, y dió todo el lustre y esplendor á sus portentosos hechos.

La cuna, teatro funesto de las flaquezas y miserias del hombre, fué para Benito mansion de honor y de gloria : apénas ve la luz este fenómeno de la gracia, apénas se organiza su tierno cuerpecito, cuando ya ofrece al Criador las primeras aspiraciones de un corazon puro : dueño de sí en medio de las fajas que le aprisionan, levanta al cielo sus manos trémulas en ademán de unirse con el Sumo bien : las primeras palabras que articula su lengua balbuciente son cánticos de alabanza que consagra al divino Hacedor : á él se encaminan y dirigen todas sus potencias, y le hace un temprano homenaje de su entendimiento, de su voluntad, y de todos sus sentidos : superior á las flaquezas de la naturaleza, luego que descubre un rayo de la gracia, ya experimenta sus divinas influencias, ama á Dios aun casi ántes de saber los poderosos motivos que le obligan á amarle, y su edad infantil no tanto es presagio, como continuo ejercicio

de virtudes. De la infancia de los demas santos rara vez se hace mérito en sus elogios, porque arrebatados de las primeras impresiones de una naturaleza corrompida, se dejaron llevar del impulso de sus deseos ántes de escuchar la hermosa voz de la virtud, y cuando empezaron á resplandecer como astros, fué despues de un largo eclipse, que habia empañado sus primeros dias ; un san Mateo, que cuando apóstol llena de admiracion á los fieles recién convertidos con su desinteres y perfecto desaproio, habia sido un publicano estafador, que taló los pueblos con usuras ; una Magdalena deshecha en lágrimas á los piés del Salvador, habia sido ántes en la primavera de sus años el ídolo de la juventud, y la idólatra del mundo ; las Egipcias y Pelagias, tan célebres despues por su penitencia, fueron igualmente famosas al principio por sus desenvolturas ; pero Benito no reserva para el Señor una víctima manchada con los profanos respetos que ántes hubiese tributado al mundo y á sus halagos : su corazon nunca probó la ponzoña del vicio : en él la prudencia se adelantó al uso de la razon, y la razon al número de los años : como generosa águila voló desde el nido de su infancia á los brazos de la virtud, y se puede justamente dudar si hubo alguna interrupcion entre su cuna y la virtud ; porque ser hombre y ser virtuoso, fué en él una misma cosa : todavía no sabe fijar sus vacilantes plantas, y ya se dirige al templo en alas de su amor : allí alimenta su tierno espíritu con las verdades eternas : allí abrasa su corazon en los incendios de la mas ardiente caridad : allí humillado á los piés del trono se excita á formar la idea admirable de ser el héroe de las virtudes, el ejemplar de la penitencia, y el modelo de la abnegacion evangélica ; otras veces se oculta de sus padres en lo mas escondido de su casa, y puestas sus pequeñas rodillas sobre el duro suelo, se ensaya en aquella perfeccion, con que despues habia de ilustrar la soledad de los yermos y el retiro de los claustros.

¡Qué sacrificios tan generosos y tan anticipados ! Pero sacrificios que no eran mas que unos vislumbres precursores de la esclarecida santidad de este gigante de la gracia : su prodigiosa virtud, que ocultaba el velo de su puericia, se dejó ver con claridad luego que el jóven atleta empuñó á los nueve años el cayado de pastor : esta ocupacion inocente que habia justificado en las dos edades del mundo á los mas célebres Patriarcas de la antigüedad, fué el ejercicio que descubrió los quilates de

su grande alma : ocupado en velar sobre su rebaño en los campos de san Fradelo , se sustrae unas veces sigilosamente de la vista de sus compañeros ; y á los piés de una elevada encina derrama su fervoroso corazon en presencia de su Dios : luego forma de una multitud de pieles y arbustos un pequeño santuario , y pasa las noches insomnes , entonando las canciones de Sion ; ya sale de su retiro á buscar los mendigos de las aldeas , y deposita en su seno el escaso alimento que habia reservado para sí ; ya practica ayunos poco ménos que continuos , y aflige sus delicados miembros con cordeles nudosos ; ya se mezcla con los pastorcillos de su edad , y los instruye en los rudimentos de la fe , y en las máximas del Evangelio : unas veces postrado secretamente en tierra , levanta los ojos al cielo , y se dispone á escuchar con prontitud la voz de su Señor , otras se anima á sí mismo , y se apareja como el jóven David á observar todos los movimientos del infernal Goliat ; ya concibe el arduo designio de imitar la santidad y perfeccion en que florecieron los Hilariones , Arsenios , Romualdos , Gualbertos , y cuantos héroes ocultaron las espantosas grutas de Nitria y Tebaida .

Sí señores , el deseo de buscar modelos y ejemplares de perfeccion , le arranca de la casa paterna , y le trasplanta á los bosques de Caronia , coronados de montañas estériles y escarpadas : discurre ansioso y desahogado por aquellas selvas inaccesibles á los rayos del sol , y cuyo silencio solo interrumpe el fragor de los uracanes , ó el bramido de las fieras , registra sus grutas y profundos valles , camina infatigable por entre riscos y peñas con el fin de hallar á los ancianos pobladores que habitan aquel país inculto , y satisfacer las ansias que tiene de llegar á la mas sublime santidad . ¡ Qué espectáculo ! Benito encuentra el precioso tesoro que solicita : ve aquellos ángeles del desierto , aquellos venerables ermitaños , que bajo el sagrado instituto del gran Francisco de Asís , habian encanecido entre las rocas y torrentes , se postra á los piés de aquellos prodigios de perfeccion , los oye y los admira como un discípulo que va á consultar á sus maestros , como un hijo que desea recibir lecciones de sus padres . ¡ Ah católicos ! Me parece que estoy viendo á Eliseo enriqueciéndose con el doble espíritu que le comunican aquellos nuevos Elías de la ley de gracia : Benito contempla en el silencio la austera conducta de aquellos solitarios , observa sus rigores , sus combates y sus victorias , y siente encenderse en su interior



un fuego que le consume , y un ardor que le enajena ; descende con ellos á la palestra , sigue sus admirables huellas , anda por todos sus caminos , toma parte en todos sus sacrificios , y á los primeros pasos de su carrera asombra el jóven novicio á sus mismos maestros , se remonta á la cumbre misma de perfeccion , deja muy atras á los mas provecos y adelantados en la virtud , y adquiere una santidad tan prodigiosa , que empieza por donde terminaron aquellos famosos solitarios .

Cargado el bienaventurado de Palermo de los despojos y trofeos que recogió en las selvas de Caronia , vuela en alas de su fervor á la capital de Sicilia , por orden del sumo pontífice Pio IV ; el Padre santo habia disuelto y relajado la vida solitaria , que por privilegio apostólico emprendieron aquellos famosos ermitaños , y Benito escoge por inspiracion divina la conventualidad de Palermo , donde asociado á los religiosos de la reforma de santa María de Jesus , suelta de nuevo los diques á su gigante espíritu . Ah ! acompañemos con el pensamiento á este humano serafin en la nueva carrera que emprende resignado á la voz del Vaticano . Luego que este célebre colono del yermo se incorpora en claustros minoritas , trae á su memoria las acciones de los mayores santos , que como luminares de primer orden brillaron en el firmamento seráfico ; recorre en su imaginacion el espíritu apostólico de los Paduas , la austeridad de los Alcántaras , el celo de los Capistranos , las vigilias de los Regalados , el fervor de los Bernardinos , la humildad de los Diegos de Alcalá , la pobreza de los Luises , y los éxtasis de los Bailones : revuelve en su fervorosa fantasia los gloriosos triunfos que consiguieron de los tiranos en las mazmorras de África , y en las plazas de la Belgia los Danieles , Hugolinos , Bautistas , Otones , Acursios , Berardos y Leones ; y resuelto á copiar tan sublimes originales , se empeña en unir en sola su persona todos los caractéres de santidad que hubo en ellos .

Animado de esta noble ambicion , da principio por una crucifixion general de todos sus sentidos ; ¿ pero qué crucifixion ? Jamas tirano alguno , por inexorable que fuese , concibió odio tan implacable al nombre cristiano , como Benito contra su inocente cuerpo , y todavia mas ingenioso que ellos , inventa arbitrios de crueldad que se habian ocultado á su furor : vestido de una túnica andrajosa y grosera , arma contra sí su propio brazo , y despedaza muchas veces cada noche su carne vírgen ; cuyas heri-

das aumenta con una malla de hierro que llevaba sobre sus llagados miembros; aprisiona su cintura con una cadena herizada de agudas puntas, que continuó hasta el borde mismo del sepulcro; se condena á un prolijo ayuno de siete cuaresmas, y el corto alimento que llega á sus malicentos labios, mas bien sirve para entretener la muerte, que para sustentar la vida; sus vigiliás son tan prolongadas, que el poco sueño que toma sobre un manojo de sarmientos, no es otra cosa que un tributo indispensable, que por fuerza le arranca su desfallecimiento; camina descalzo por lugares sembrados de aspereza, abriendo á cada paso que daba profundas grietas en las plantas de los piés, y otras tantas heridas en el corazon; expone sus fatigados miembros á la intemperie de las estaciones, para que á un tiempo le persigan el frio, el calor y la hambre, ¿pero qué es lo que intento? Yo no soy capaz de explicar el santo furor con que une en sí todo el rigor de los mayores penitentes que florecieron en la numerosa familia del patriarca de Asis; basta decir, que redujo su afligida carne á tan asombrosa severidad, que mas parecia un cadáver animado, que un hombre vivo.

Adornado el héroe africano con las sangrientas señales de la penitencia, se apresura á copiar las demas virtudes compañeras inseparables de la mortificacion y austeridad. En efecto, luego que Benito llegó á ser el mas famoso penitente que vió la religion seráfica en los siglos de oro, tardó muy poco en plantar radicalmente en el fondo de su corazon el reino de la humildad: insensible á los impulsos del amor propio, y transformado en su misma nada, abraza con gusto los ministerios mas viles de la comunidad, se reputa por el oprobio y desprecio de los claustros, y anegado en su propia miseria se tiene en su concepto por el mas inútil y pequeño entre sus hermanos: los pueblos convencidos de su extraordinaria virtud y milagros, le aplauden; él suspira, llora y gime oprimido bajo el peso de la universal reputacion, y huye á los rincones mas escondidos del convento para no ser visto de nadie, y evitar de este modo sus importunos aplausos: si sale de allí, es para conducirse á las chozas mas humildes, y mezclarse con la mas ínfima plebe por conciliarse el desprecio de los grandes; si cruza las calles y plazas de Sicilia, es para llevar sobre sus fatigados hombros un costal de mendrugos, que ha juntado para alivio de los pordioseros; si entra en los hospitales y calabozos, domicilios del

hambre y del contagio, es para limpiar las úlceras á los leprosos, besar sus llagas, socorrer su caimiento, y acompañarlos en sus miserias; si se confunde con una chusma de muchachos, es para instruirlos en los primeros rudimentos, y hacerse al mismo tiempo mirar como insensato y extravagante. ¿Pero qué expresiones me bastarian para ponderar los extremos de su abatimiento, ni qué tiempo tendria yo para numerar las demas virtudes que resplandecian en su persona? Recojamos velas en una materia tan vasta y tan dilatada.

El insigne Benito por medio de un prodigioso enlace hermanó las cualidades mas excelentes que se hallaron esparcidas en los héroes franciscanos que le precedieron; y para formar su perfecto panegírico, sería necesario hablaros de la santidad de todos los justos de su orden; él tuvo el celo de los operarios mas famosos del Evangelio que sudaron en las cuatro partes del orbe, y se hizo participante de sus conquistas apostólicas por sus fervorosas oraciones dirigidas al Padre de las luces; él juntó la pureza mas acendrada con los rigores de la austeridad; las suavidades de la contemplacion con el empleo continuo de la mendicidad, la abnegacion y recogimiento interior con el bullicio del siglo. Él concilió la mansedumbre y sencillez con la entereza y libertad de ánimo: la separacion de las gentes con las ocupaciones públicas de la obediencia: la soledad y retiro con los ejercicios diarios de caridad. Él al fin se transformaba con la gracia en todas las formas y figuras: todas las virtudes residian en él, y él se señoreaba de todas ellas.

Este conjunto de tan heróicas virtudes le elevó, á pesar de su estado laical, á la prefectura de santa María de Jesus. ¡O, y qué resplandores no difundió este astro luminoso colocado sobre el horizonte de su prelación! ¡Qué espectáculo tan digno de admiracion el verle rodeado de su pequeña grey! A mí se me figura que veo al grande Antonio en medio de sus discípulos, ó al celoso Capistrano ocupado en los afanes de su reforma. Á unos confirma con sus consejos, á otros dirige con su prudencia, á aquellos alienta con sus ejemplos, y á todos enseña las virtudes de su profesion: á los débiles consuela con juiciosa condescendencia, y suaviza con ellos el rigor de la regla, sin debilitar su espíritu: á los fervorosos alaba con equidad y sabiduría; á los novicios instruye en los ápices mas menudos, y á los mas provecos anima á caminar á la cumbre de la per-

feccion. Él olvida su autoridad y sus facultades, y no se acuerda de la superioridad sino para elegir la celda mas pobre y estrecha, para vestir el hábito mas burdo, para ejercitarse en los ministerios mas humildes, para ocuparse en los oficios mas viles, y para hacerse como Pablo todo para todos: no nos cansemos, él fué á manera de un sol, que en el oriente de su guardiana, y en su ocaso lució de un mismo modo para iluminar á sus súbditos con el resplandor de sus ejemplos, y fomentar en ellos la observancia de su sagrado instituto.

Un hombre tan extraordinario, ¿cómo podría dejar de ser la espectacion y el asombro de toda la Europa? ¿Ni cómo podrían los pueblos ultramarinos dejar de entender que sus virtudes iban de acuerdo con sus milagros? Y ved aquí como la prodigiosa santidad de Benito ilustró y dió mayor realce y autoridad á las maravillas que obraba. Avivad vuestra fantasía, y tened presente que esta fué la primera proposicion que elegí en el exordio de mi panegírico, y voy á demostraros con una sola pincelada.

Supuesto que san Benito de Palermo reunió en sí la virtud de todos los justos, ya no es maravilla que obrase los milagros que hicieron famosos á los santos de uno y otro Testamento; si como Moises se cubria su rostro de extraordinarios resplandores, y su cuerpo se bañaba de luces al separarse de la sagrada mesa del altar, tambien tuvo la mansedumbre, la paciencia y las demas excelencias de este gran legislador; si mandó como Elías á los elementos y á las nubes, tambien poseyó la intrepidez y ardiente celo de aquel célebre profeta; si como Samuel penetra lo mas interior de las conciencias, y antevió, como Isaías, las vicisitudes y acaecimientos futuros, imitó igualmente la fidelidad de estos profetas en la observancia de la divina ley; si gozó como Pablo en carne mortal las delicias del paraíso, tambien tuvo la encendida caridad que abrasó al Apóstol de las naciones; si restituye á la vida muchas veces como los Paduas, á los que difuntos yacian en las tinieblas del sepulcro, poseyó igualmente la inocencia y el espíritu de aquel prodigio de la gracia; si finalmente dió perfecta sanidad á los desahuciados que pisaban ya los umbrales de la muerte como los Cantalicios y Bailones, tambien tuvo la humildad y candor de estos dos héroes minoritas.

De suerte, que Dios se empeñó en hacerle un hombre ex-

traordinario, obrador de maravillas, y él trabajó toda su vida para ser hombre de prodigiosa santidad; el resplandor de sus milagros fué correspondiente á su portentosa virtud, y esta sirvió de realce y confirmacion á sus maravillas; los pueblos, testigos oculares de los milagros continuos que obraba, fueron al mismo tiempo espectadores fieles de sus virtudes, y estas les causaron mayor asombro que sus mismos milagros; los grandes de la tierra, en los que parece que tienen su centro las sospechas y las desconfianzas, estos potentados del siglo tributaban respetuosos honores á sus prodigios, porque se hallaban convencidos del tenor de su portentosa vida. Los vireyes de Sicilia, los magistrados, los duques, los prelados y todos los fieles de ambos sexos, absortos á vista de sus portentos, se maravillan aun mas al ver que este varon singular apenas pisó las primeras gradas de la juventud, cuando ya emulaba la sublime perfeccion de los Antonios, Hilariones y Pablos; al ver que en medio del tumulto de las gentes conservaba el recogimiento del mas perfecto solitario, y la mortificacion del penitente mas austero; al ver sus vigiliass, sus ayunos, su humildad, su oracion, sus raptos, su comercio con el cielo, y los rayos de luz que salian de su rostro; al ver finalmente, que aquellas manos obradoras de tantas maravillas, que dan salud á los enfermos, lengua á los mudos, vista á los ciegos, piés á los tullidos, y vida á los muertos; que aquellas manos prodigiosas eran las mismas que se empleaban en los ministerios mas viles y despreciables del claustro, en limpiar las inmundas llagas de los leprosos, y en transportar el alimento preciso á los encarcelados. ¿Qué prueba mas decisiva de la verdad de sus milagros, que la evidencia de sus prodigiosas virtudes? ¿Qué señal mas clara de ser Benito el Taumaturgo de su siglo, que el verle practicar en todos los instantes de su vida los actos mas heroicos de perfeccion?

Él en su infancia pasa desde la misma cuna á los brazos de la virtud: en sus años juveniles poseyó la heroicidad de los mayores santos; y en su ancianidad conserva el mismo espíritu y las mismas virtudes: su inocente cuerpo estuvo siempre agobiado con las santas crueldades que practicó desde su tierna edad hasta los últimos suspiros: su corazón vivió siempre abrasado en los incendios de la mas ardiente caridad; y todos sus sentidos estuvieron siempre sujetos á las impresiones de la